

La independencia renegada: las *Memorias de Pruvonena* de José de la Riva-Agüero, primer presidente del Perú

Juan Luis Orrego Penagos
Pontificia Universidad Católica del Perú

El propósito de este breve artículo es acercarnos, a través de un análisis temático, a las memorias de P. Pruvonena (o José de la Riva-Agüero y Sánchez Boquete), primer presidente del Perú. El estudio es merecido ya que la fuente a la que nos remitimos es, sencillamente, genial. En primer lugar, por la rareza del libro (estamos hablando de 2 volúmenes con más de 1.600 páginas en una única edición casi imposible de encontrar); en segundo lugar, por lo que dice (lo realmente serio, lo gracioso, lo ácido y lo patético se entremezclan); y, en tercer lugar, por las conclusiones que nos deja que, quitándoles cualquier apasionamiento, son muy valederas. Nuestro método de acercamiento se basará en un recorrido crítico de los temas principales que abordan estas memorias. Antes, presentaremos al autor del libro y a las circunstancias en las que lo escribió.

José Mariano de la Riva-Agüero y Sánchez Boquete

Personalidad contradictoria es la del primer presidente del Perú, y de ahí que es interesante hacer un brevísimo recuento de su vida para poder

comprender el tono tan acre de sus memorias que sólo se explican de una manera: apostó por el “experimento” republicano y se vio envuelto en la vorágine de la anarquía posterior en la que lo perdió casi todo (prestigio, fortuna, salud) y ya viejo, amargado, meditó en lo que salió mal sobre algo que era ya irreversible.

Nació en Lima el 3 de mayo de 1783; fueron sus padres el oidor José de la Riva-Agüero y Basso de la Rovere⁷⁴¹ y Josefa Sánchez Boquete y Roman de Aulestia (limeña). Para culminar su educación fue enviado a España con un tío político, ya que el anhelo de sus padres era que ingresara a la marina o al ejército, pero parece que a José Mariano no le gustaban las promesas a largo plazo y es por ello que no culminó la carrera militar ni terminó sus estudios de leyes, pues prefirió irse de “paseo” a Francia. Regresó a la Península en plena guerra de la independencia y participó en algunas campañas. En 1809 murió su padre y nuestro personaje regresó a Lima por Buenos Aires Empezó a ser conocido como revolucionario (él, por aquellos años, ya pertenecía a una logia secreta); se intentó deportarlo a España pero decidió fugarse. Ya en Lima, el virrey Abascal no le quitó los ojos de encima. Y no era para menos ya que, “infatigable en sus maquinaciones contra el poder español, él formaba en Lima clubes secretos y sostenía correspondencia con los gobiernos de Buenos Aires y Chile, dándoles noticias importantes y sirviéndole en Lima de agente secreto” (Mendiburu 1931, IX).

Aun así —con influencias y recomendaciones— ingresó al Tribunal Mayor de Cuentas⁷⁴². Con el tiempo perdió el favor del virrey Abascal y fue sometido a juicio, del que salió impoluto gracias a la intervención de amigos. No había en Lima conspiración alguna, de las muchas que se descubrieron, en que Riva Agüero no apareciese como director o cómplice (Mendiburu 1931, IX).

⁷⁴¹ José de la Riva-Agüero y Basso de la Rovere (1742-1809) era oidor honorario de la Audiencia de México y Caballero de la Orden de Carlos III. Era allí director de los ramos de estancos y se le envió al Perú en 1780 para planificar y arreglar las oficinas y administración del estanco de tabacos, naipes, papel, breas y pólvora. Con el título de comisionado superior, estuvo al frente de la sección que atendía lo relativo a estas rentas. En 1792, pasó de superintendente a la Casa de Moneda de Lima, cuyo empleo sirvió hasta su fallecimiento ocurrido en el año 1809. Fue casado con doña Josefa Sánchez Boquete, hermana del marqués de Monte Alegre de Aulestia. (Mendiburu, 1931, IX).

⁷⁴² Encontró dicha institución en caos y, por ello, publica, el folleto titulado *Ligera idea del abandono en que se halla el tribunal de cuentas del Perú, dirigida al gobierno por un ciudadano de ultramar*.

En 1816, escribió en Lima el folleto anónimo titulado *Manifestación Histórica y Política de la Revolución de América* (llamado también *Las 28 causas*) ,que logró enviar secretamente a Buenos Aires, donde fue impreso en 1818. Nuestro personaje invertía grandes cantidades de su patrimonio en organizar conspiraciones y no escatimaba esfuerzos, a pesar del gran riesgo que corría. Cuando San Martín desembarcó en Pisco fue él quien organizó el movimiento del batallón Numancia hacia la causa independentista. Cuando la situación se hizo insostenible en Lima, logró huir de la ciudad para reunirse con el Libertador en Huaura. Asistió a la jura de la independencia el 28 de julio de 1821 y, durante el Protectorado, se convirtió en el primer prefecto que tuvo el Departamento de Lima. Su alejamiento de San Martín fue inevitable por la omnipotente presencia de Bernardo de Monteagudo.

En enero de 1823 cayó la ineficaz primera Junta de Gobierno, presidida por José de la Mar, por un motín encabezado desde Balconcillo por el entonces coronel de milicias Riva-Agüero. El Ejército lo proclamó presidente del Perú y el Congreso aprobó la decisión de la fuerza y, aún más, lo nombró –muy a su pesar- Gran Mariscal del Perú. La situación era paradójica, ya que, “si es cierto que por curiosa coincidencia el primer Presidente del Perú asume el mando por una vía revolucionaria, también es exacto que los limeños y todos los patriotas del Perú anhelan ese gobierno unitario, rápido, beligerante, que él por el momento histórico o inclusive por su temperamento, puede muy bien representar” (Puente Candamo 1971: XXVIII-XXIX).

Su presidencia en lo absoluto fue pacífica, ya que se opuso a la intervención del presidente de Colombia, Simón Bolívar. Cuando éste llegó, formó un gobierno paralelo al del marqués de Torre Tagle en la ciudad de Trujillo. La negociación con los españoles no se hizo esperar pues, opuesto a la intervención colombiana, optó por aplicar el plan que intentó San Martín: pactar con la Corona española la independencia del Perú en forma pacífica y dentro de una solución monárquica. El regalismo conservador de Riva-Agüero había aflorado pero era demasiado tarde, pues acusado de traidor a la patria pendió sobre él una orden de fusilamiento dada por Bolívar. Preso en Guayaquil, se salvó de morir por la presión de la Marina peruana, y de allí fue deportado a Europa, donde inició una serie, casi continua, de exilios, destierros y penas⁷⁴³.

⁷⁴³ Desde el exilio, escribe dos vindicaciones de sus actos: *Exposición de Don José de la Riva Agüero acerca de su conducta política* (1824) y una *Memoria* dirigida al Congreso del Perú (1828).

Estuvo por Inglaterra, Francia y Bélgica. En este último país contrajo matrimonio con una princesa belga de nombre Carolina Arnoldina de Looz Corswaren y, desde el Viejo Mundo, hizo lo humanamente posible para lavar su imagen de todas las acusaciones que la prensa peruana, sus enemigos y detractores le hacían: “Se ha dicho y se ha ponderado, que el general Riva Agüero dilapidó la fortuna del Estado, pero esto se ha dicho por sus enemigos sin dar las pruebas que lo justifiquen. El general Riva Agüero no se ha defendido bien de este cargo, porque no tenía documentos para rechazarlos con la facilidad que se puede” (CNSIP 1971: 837).

Se le acusaba de todo: de traidor, de ladrón, de ineficaz y nadie recordaba que él había pedido el primer empréstito para aliviar a un país sin créditos, que él había habilitado la escuadra y que había sido el más entusiasta propulsor de la acción independentista. Todo esto realmente lo afectaba y así se lo hizo saber en una carta fechada el 30 de abril de 1830 al ministro de Relaciones Exteriores del Perú: “Señor ministro: Sabe V.S. y es notorio a todo el mundo que van a ser siete años que me hallo expulsado arbitrariamente de mi país, privado de mis bienes, papeles, documentos de mis intereses, sueldos devengados, créditos contra el erario y de particulares. Sabe igualmente V.S. que la última legislatura resolvió por unanimidad que yo regrese al Perú donde no solamente tengo el derecho de residir como natural de él sino también el de reclamar mis intereses y documentos” (CNSIP 1971: 840).

En 1833 se le permitió regresar al país y fue elegido diputado por Lima ante la Convención Nacional. Durante el periodo de la Confederación Perú-boliviana apoyó el proyecto, pues consideraba que era un craso error la separación de estos territorios que había hecho Bolívar. En la revolución de Salaverry tuvo que asilarse, con toda su familia, en un bergantín francés donde, ya cansado, tuvo que rogarle al joven caudillo, a través de una carta (CNSIP 1971: 870-873), que le diese un salvoconducto. Salaverry accedió al pedido –a través de su ministro- no sin antes insultarlo de la peor manera: “caudillo de ladrones”, “individuo fuera de la ley”, “montonero”, “individuo de comportamiento villana”, entre otros vituperios. Luego de darle 48 horas para salir del país, el ministro culminó su carta de una manera más o menos escatológica: “Arroje Usted una mirada reflexiva sobre la familia inocente que arrastra al precipicio abierto por sus desbarros, oiga usted los gemidos de la patria moribunda y ya que le ha hecho crueles heridas,

sacrifíquese siquiera los cortos y inútiles años que le restan separándose de su seno. Dios guarde a Ud. Bonifacio Lasarte” (CNSIP 1971: 873).

En 1836, Santa Cruz lo hizo presidente del Estado Nor-peruano. Disuelto el proyecto santacruzino, Riva-Agüero volvió al destierro europeo. Con más de 60 años, ya exhausto, intentó regresar al país gracias a una amnistía que se otorgó en 1845 pero, para entonces, “su fortuna, con los gastos que hizo para la independencia, con las leyes de desvinculación con España y el Perú, y con sus prolongados destierros, se había quebrantado grandemente, y perdió los últimos bienes amayorazgados que le quedaban en Extremadura de España. Su popularidad en el Perú se había desvanecido, y sus convicciones monárquicas y propensiones conservadoras pugnaban con nuestro ambiente político” (Riva-agüero y Osma 1971: 169). Sus últimos años los pasó enfermo y aislado. Murió el 21 de mayo de 1858.

Las Memorias de Pruvonena

En 1858, la librería de los hermanos Garnier de París publicó un libro titulado *Memorias y documentos para la historia de la independencia del Perú y causas del mal éxito que ha tenido esta. Obra póstuma de P. Pruvonena*. Estas serían, pues, las memorias de José de la Riva-Agüero y Sánchez Boquete. El recuento de los hechos realizado por la obra es bilioso y reaccionario en extremo (mas no por ello deja de decir muchas verdades), por lo que varios estudiosos han llegado a decir que no fue Riva-Agüero el autor del texto. No somos de esa opinión. En la lectura es evidente que el propósito de la obra es justificar toda la trayectoria política del primer presidente del Perú.

Lo que podemos aceptar es que Riva-Agüero no haya sido el único autor, y eso por lo monumental y erudito del trabajo. ¿Quiénes fueron sus colaboradores? El historiador José de la Riva-Agüero y Osma, su bisnieto, nos acerca a esta apasionante historia: durante los últimos días del primer presidente del Perú, sus amigos más fieles fueron dos clérigos: un tal Arce y Nicolás Garay quienes habían sido fervientes revolucionarios en su juventud y eran entonces furibundos reaccionarios. Su bisnieto, el historiador, achaca la mayor parte de la redacción de la obra y revisión final de la misma a estos dos “ancianos amargadísimos e implacables”; sin embargo, creemos que Riva-Agüero sabía perfectamente el contenido del texto.

En los siguientes apartados detallaremos el contenido de esta interesante obra que se presenta en dos tomos; el primero de 700 páginas y el segundo de 814, dedicado a un interesante sustento documental al primer tomo. Como hemos anotado en la introducción, conseguir estos ejemplares es casi imposible pues el hijo (José de la Riva-Agüero y Looz Corswaren) y el bisnieto historiador siempre estuvieron buscando ejemplares de las *Memorias* para destruirlos. Es pertinente aclarar, por último, el significado de P. Pruvonena: se trata de un anagrama y sólo hay que reordenar las palabras para obtener: *Un peruano* (Tauro 1993).

P. Pruvonena y sus temas⁷⁴⁴

La sociedad peruana.

“El Perú es un pueblo sin virtudes, de ahí que no pueda ser gobernado republicanamente”. A través de las páginas de las *Memorias* se observa un anhelo común del siglo XIX peruano: el gobierno debe ser solo ejercido por los más capaces, es decir, debe haber un “reino de la inteligencia”; pero esta virtud está ligada a un contenido racial específico. La República había traído consigo un gigantesco error: igualar al negro y al indio con quien Pruvonena llama “el educado”: “Se acogen a esa igualdad proclamada por la constitución como si esa igualdad ante la ley pudiese hacer iguala los peruanos”.

Lo “popular” o “la masa” no pueden tener injerencia en las funciones del gobierno sencillamente porque viven en la ignorancia. La distancia entre las clases deberían ser claras: “Se convirtió el Perú en una nación de pares y no de ciudadanos [...] en una nación en que casi todos tienen el tratamiento de Señoría Ilustrísima. O de Excelencia, en una Nación de Generales, y demás clases militares, y todos asalariados por el Estado”.

De la democracia absoluta sólo podía emerger la anarquía. No había constituciones –y la queja de Pruvonena es reiterativa– de una constitución acorde con la realidad socio-política del país. De esta crítica racial ni Bolívar se salvaba: “Bolívar tenía más sangre de Guinea que de España [...] no podía ser bueno para lacayo de un monarca en Europa (referencia al subterráneo proyecto monárquico de Bolívar que implicaba la negociación

⁷⁴⁴ Las citas de esta parte pertenecen a las *Memorias*, salvo que se indique lo contrario.

con Inglaterra) porque su color no era el de los lacayos europeos. No bastará decir aquí, que el general colombiano Silva, su sobrino político, es un zambo casi enteramente negro”.

La noción de “negro” en las *Memorias* es la del depositario de las peores virtudes del ser humano: carácter disoluto y depravación. El indio aún no puede ser, tampoco, insertado en la sociedad; no está listo para ser parte constitutiva de la nación peruana y es que basta que acceda a un puesto más o menos digno para que su resentimiento y orgullo florezca sintiéndose por encima de cualquier otra persona: “Esto conviene en un todo al indio Gamarra y demás indios de que se compone actualmente la mayor parte de los empleos militares y civiles”.

Agustín Gamarra va a ser el indio (o “cholo”) al que van a estar dirigidos sus más certeros dardos. Su opinión del indio, en general, es propia de un reaccionario del siglo XIX: [Los indios] “desconfían de todos y no consideran que nadie hable de buena fe, son avaros y llevan su avaricia al extremo. Como no han tenido educación, tratan con desprecio, cuando se hallan en puestos elevados, a las personas que son superiores a ellos por su nacimiento y saber. Son ignorantes, embusteros, desagradecidos y falsos; disimulados, intrigantes y superficiales. Se entregan a otros para que les dirijan secretamente cuando se hallan colocados en empleos o cargos públicos. Aborrecen a América y por eso siempre tratan de impedir toda relación con Europa”.

Podríamos decir que la crítica al indio más apunta al indio con poder, en clara alusión a muchos caudillos o militares de raza o ascendencia andina. Se percibe también un temor, subterráneo pero latente, en la masa descontrolada, un temor que desde la rebelión de Túpac Amaru II (1780) no se superaba. Hay un momento en el que Pruvonena manifiesta, más o menos en un tono profético, que el Perú habría de convertirse en una República de Haití donde los negros se deshicieron de los blancos.

El ejército peruano, que puede ser un fiel reflejo de la sociedad del momento, también es criticado por Pruvonena porque sus altos rangos no estaban siendo conferidos a gente “noble” (recuerda que en Europa los ejércitos están encabezados por una nobleza). En suma, la República había traído un terremoto del orden social establecido (¿la colonia?) que produjo que las posiciones sociales se entrecruzaran: “Nada es tan insoportable como el orgullo y grosería de las gentes sin honor; esto es de los que la

condición más baja de la sociedad, que es la que ejerce actualmente el mando supremo y demás empleos en el Perú”.

La nostalgia monárquica.

Todo debería volver al estado en que se hallaba el Perú en el tiempo último de la dominación española. Esa parece ser la conclusión última de un hombre que creyó firmemente en el experimento republicano, por el cual conspiró y luchó, a riesgo muchas veces de su vida y a costo de su patrimonio. Vio, este mismo hombre, en su hora postrera, que todo su trabajo fue en vano: el experimento republicano se había convertido en un monstruo.

La nostalgia de Pruvonena parece dirigirse al año 1820 y es que a pesar de que el rey de España fue injusto, en ningún momento se había llegado a los extremos que se estaban viviendo: la democracia absoluta había llevado al naciente estado a la anarquía. El Rey había sido suplantado “por una serie de déspotas”, de ahí que la añoranza por las personalidades de los virreyes sea latente. Esta añoranza se remonta a muchos años atrás, ya que creía que el Perú fue siempre parte constituyente de la monarquía española (como en realidad fue en su momento, jurídicamente hablando) y no una colonia como de hecho lo fue en los últimos tiempos del imperio español. Pero la añoranza parece quedar solo en eso ya que no piensa en volver a una monarquía de testas coronadas sino que propone (y esto era el anhelo de los conservadores) un régimen fuerte y autoritario que consiga el orden a cualquier precio.

Para alcanzar dicho propósito se debe extraer lo bueno que en común tienen los regímenes monárquicos, aristocráticos y democráticos: “Para que el Perú pueda salir de las convulsiones políticas en que lo ha sumado la anarquía, es preciso construir de nuevo; y para que tenga lugar, sería necesario una mano fuerte que impusiese silencio a las facciones y que revestida de un poder extraordinario dictase las leyes y reglamentos sin limitaciones alguna”.

Pero la figura central de este proceso debe ser alguien con cierto corte mayestático: “Debe existir un solo hombre que haga el sacrificio de consagrarse al bien público [...] este poder extraordinario debe ser

comprensivo con los desgraciados, severo con los perversos y generoso en recompensa al mérito y la virtud”.

La perspectiva económica.

De un hecho resaltante se dio cuenta P. Pruvonena: el proceso de independencia produjo una descapitalización importante que melló cualquier intento de organización de la naciente república, aparte de restarle poder –aún más- a una clase que ya había entrado en crisis desde los Borbones. Las guerras habían traído expropiaciones de haciendas, mantenimiento de un ejército, donaciones, robos y saqueos. El ensañamiento con los españoles fue la causa de que no haya existido una industrialización en el país: “Como estos españoles probablemente hubiesen muerto dentro de pocos años, por ser los más ya viejos, sus hijos los habrían sustituido; y he aquí que esas fortunas habrían quedado en la nación siempre, y en que progresivo; con los que los peruanos habrían comenzado a hacerse capitalistas, trabajadores, industriosos, navegantes y hombres de mundo; pero era lo que menos se quería”.

Pruvonena, adelantándose a varios historiadores neomarxistas, propuso que la independencia del Perú sólo favoreció a las grandes potencias ya que había abierto un gigantesco mercado al cual podían penetrar. De ahí el interés de la Gran Bretaña por la independencia de Sudamérica. Las potencialidades del país también van a ser tomadas en cuenta por nuestro personaje: “El Perú es llamado a ser un gran imperio porque si con solamente el producto de sus inagotables minas, ha dado y da todavía tanta riqueza ¿cuál no sería esta si se agregan sus producciones en drogas, caobas, y toda clase de excelentes maderas, lanas, salitres, quina, azúcar, café, algodones, cochinilla, añil, huano [...] Solo un gobierno estable e ilustrado es todo lo que el país necesita”.

El país está desarticulado y eso es notorio; las distancias geográficas son casi insalvables, de ahí que proponga una acción civilizadora a través de colonias establecidas en el interior del país; y si estas colonias pueden ser de inmigrantes europeos, mejor. No se trata de cambiar a la raza (biológicamente hablando) sino que se transforme a través del ejemplo. Para esto, los ingresos del guano, en vez de ser despilfarrados, deben fomentar –según Pruvonena- la inmigración europea. La integración de la

amazonía, de otro lado, tampoco puede escapar a cualquier proyecto de carácter nacional: “Se ha dicho muy bien que la naturaleza ha trazado ella misma el gran camino al comercio por medio de la navegación interior, que el gran río de las amazonas podría recibir las telas de Quito por la pastora, la quina de Cajamarca por el Marañón; los aceites de Lima por el Huallaga y el Ucayali; el azúcar del Cuzco y el oro de Carabaya por el Apurímac”.

Pruvonena concluye que la independencia había frenado cualquier proyecto de desarrollo económico: la agricultura, el comercio y el arte se hallaban paralizados.

El mito de la “independencia” concedida en las *Memorias de Riva-Agüero*

¿Cómo ve Pruvonena el hecho de la independencia del Perú? ¿Nadie la deseaba? ¿Vino con los ejércitos libertadores? ¿Fue algo que realmente nació con los peruanos? Creemos que, a pesar de su desilusión, Riva-Agüero vio al proceso independentista como algo que nació entre los peruanos. De todas maneras, él era la prueba misma; él fue, tal vez, la persona que más deseó el rompimiento con España; él fue el rey de las conspiraciones y los riesgos; y él mismo fue el que dio su apoyo incondicional a San Martín: “Las tropas peruanas con su respetable escuadra, con sus tesoros, y la simultánea cooperación de los pueblos dieron exclusivamente la independencia [...] Los peruanos, pues, se dieron su independencia y esto esta demostrado de modo incuestionable”.

La independencia, de modo intrínseco, no es cuestionada sino las causas del “mal éxito” que tuvo. Critica también el accionar de los ejércitos extranjeros y de sus jefes que abusaron de la confianza y apoyo que el pueblo peruano había depositado en ellos.

Los actores en Pruvonena

José de San Martín.

Es difícil entender la posición de Pruvonena frente a San Martín, y es que en los primeros años de la lucha por la independencia le dio su

apoyo incondicional. Como sabemos, su alejamiento del general argentino se debió a que se hizo influenciar demasiado por su asesor, Bernardo de Monteagudo, y así las acciones de éste se hacen –para Pruvonena- acciones de San Martín.

La primera crítica se encamina a una cuestión eminentemente legal: San Martín, como jefe de los ejércitos argentinos y chilenos, no podía proclamarse Protector del Perú ya que tenía que buscar un consenso entre los ciudadanos peruanos. Luego, critica el accionar del Libertador en la lucha contra el ejército español: el desembarco en Pisco fue una acción violenta, con saqueo incluido; además, se mantuvo económicamente a un ejército que, en verdad, no dio ninguna batalla y no respetó la propiedad privada. La violencia de la política de Monteagudo, de otro lado, es vista con estupor, sobre todo el ensañamiento con los peninsulares (dicha política produjo que los hombres más probos desaparecieran del Virreinato peruano). Llega un momento en que Pruvonena califica de *Robespierre* a Monteagudo y de vil *Bárbaro* a San Martín, y es que no autorizaron, a todos aquellos que no deseaban la independencia, que pudiesen salir del país con su patrimonio.

Simón Bolívar.

Para Pruvonena, la misión de Sucre no había sido otra que dividir al Perú para que pudiese aparecer la figura mesiánica de Bolívar y salvar la situación. La presencia de Bolívar fue lo más perjudicial de la independencia: desmembración del país (Guayaquil y Bolivia), saqueos sistemáticos y hasta sacrílegos, la constitución vitalicia (un mal proyecto monárquico), etc. Es comprensible el rencor que tiene Riva-Agüero hacia Bolívar pero la crítica llega a extremos que desembocan en actitudes racistas que ya hemos mencionado. Pide que no creamos en las pinturas del venezolano ya que el porte napoleónico que tratan de expresar no lo es tal pues “él es un zambo”.

A la conducta moral del venezolano le dedicó mucha atención Pruvonena: “Bolívar tomó el partido de la independencia por no pagar a la Real audiencia una suma considerable que el debía [...] Cuando Bolívar vino al Perú no trajo casi ningún equipaje y cuando salió de él, llevó multitud de carros llenos de equipaje, valiosas alhajas, vajillas de oro y playa y multitud de cajones con oro amonedada. Esto es notorio”.

Lo vio como un ser promiscuo y siempre insaciable, y así cuenta cómo en cada pueblo que visitaba pedía que el traigan una manceba sin importarle de que fuese blanca, negra o india. Cuenta también cómo Manuela Sáenz lo encontró varias veces con otras mujeres (de ahí que la comparación con los emperadores romanos más depravados sea recurrente). Su personalidad traicionera es puesta varias veces de relieve⁷⁴⁵. Concluye que fue gracias a Bolívar que la anarquía empezó a devorar el Perú: “él fue un mal ejemplo para los futuros caudillos; dividió al Perú, luego le declaró la guerra y, finalmente, fomentó un ambiente de violencia”.

Agustín Gamarra.

Es tal vez el personaje más pernicioso que encuentra Pruvonena. Con él se llega al clímax de la anarquía y más parece un castigo de Dios para que la humanidad comprenda los excesos a los que se puede llegar. Con Gamarra, las garantías sociales desaparecieron y el ejército –por las múltiples dádivas gamarristas- se corrompió, llegando muchas veces a intervenir en las definiciones de los procesos electorales. Los grandes errores de Gamarra pueden ser resumidos de la siguiente manera:

1. Destierros sistematizados
2. Frenar la libertad de imprenta
3. Tratar con Santa Cruz la división del Perú para luego oponerse a la Confederación
4. Formar alrededor de su figura un clientelismo de la peor especie

Catorce rebeliones son la prueba del descontento al que se llegó durante su régimen autoritario. El estancamiento fue total: “En cuatro años y medio había Gamarra destruido todos los manantiales de la industria, del comercio, de la agricultura y corrompido la moral del ejército y violando el derecho que tiene todo ciudadano para no ser asesinado, expatriado ni perseguido”.

Pruvonena le confirió a Gamarra el peor de los insultos: no es hijo legítimo, es hijo de cura por lo que su epitafio debe ser de la siguiente

⁷⁴⁵ Menciona la actitud que tuvo con Francisco de Miranda y narra supuestas masacres realizadas por órdenes de Bolívar: fusilamiento de 800 soldados realistas prisioneros y el degollamiento de 22 sacerdotes.

manera: “Aquí yace el insigne sedicioso Agustín SALDÍVAR (a) Gamarra, hijo sacrílego de un fraile en una india su sirvienta. Traicionó al rey y después asesinó a sus bienhechores y puede decirse a la mismísima nación peruana. Aleve, cobarde e inconsecuente, cometió crímenes horrendos; sacrificando a su ambición cuanto tenía el Perú de virtudes, honor y respeto. Este indio vivió para oprobio y calamidad de la tierra que le dio ser y murió destetando a toda la gente de bien. Llegó a mandar la república para baldón de esta, y muestra de los resultados que produce la anarquía y excesos de una soldadesca estúpida y corrompida, dejando al Perú entregado a otros tan depredadores y despreciables como él”⁷⁴⁶.

Reminiscencias a la historia clásica

El clérigo Nicolás Garay asesoró a Riva-Agüero en la elaboración de las *Memorias* y es evidente que fue él mismo quien suministró el dato erudito, la cita recóndita, las anécdotas y referencias a los autores universales y a la Historia Clásica. En la lectura uno se encuentra con múltiples analogías entre el presente de ese momento y la historia de las grandes civilizaciones de la Antigüedad: los defectos de la sociedad peruana del siglo XIX se contraponen frente al esplendor de imperios antiguos o alas depravaciones de ellos se traen al presente con nombres propios.

Así, por ejemplo, si Solón hubiese vivido en el Perú se habría frenado la aparición de gamarras, salaverrys y sanmartines. Bolívar es, para Pruvonena, la reencarnación de los emperadores más depravados, crueles y disolutos. El recuerdo de una verdadera democracia se traslada a Atenas o el paradigma del verdadero estadista se condensa en Ciro “el Grande”. Se necesitan “catilinas” que corrijan los abusos caudillescos y –medio en broma, medio en serio- anhela, Pruvonena, una legislación similar a la del Egipto antiguo o un código draconiano que frene cualquier exceso. Interpreta, finalmente, que la anomia del momento no es nada nueva en la historia del Perú pues se experimentó un momento similar cuando hubo las guerras civiles entre los conquistadores y solo culminaron cuando la Corona española (y vuelve la nostalgia monárquica) dejó sentir su poder.

⁷⁴⁶ Las Memorias están llenas de anécdotas irónicas, historias truculentas y curiosidades divertidísimas. Una de estas últimas es el juego con anagramas; por ejemplo, obsérvese dos de ellos: YUNGAY (donde ganó Gamarra) es anagrama de INGAVI (donde murió Gamarra). GAMARRA es anagrama de GARRAMA, que significa “ladronzuelo, pillo, saqueo”. Todo esto lo ve Pruvonena

El fracaso de la independencia, según Pruvonena

Concluamos con las consecuencias que tuvo el proceso independentista para el primer presidente del Perú:

1. La tendencia del Perú apuntaba a un régimen monárquico. Durante más de 250 años vivió bajo este sistema; su sociedad e instituciones estaban organizadas de ese modo por lo que la independencia fue un *pachacuti*, es decir, el mundo al revés materializado: la República solo existió en el texto jurídico y carecía de ciudadanos. El orden, caduco y en crisis, de la monarquía española era preferido por los conservadores peruanos a la anarquía que se había desatado.

2. No se podía confiar en las instituciones: los congresos eran serviles y nada representativos, los jueces eran sobornables, existían minúsculos poderes locales sumamente esparcidos fuera del alcance de un estado que en la práctica era fantasma y en todo ambiente el “hecho” prevalecía sobre el derecho: “En el curso de estos trastornos políticos todo ha cambiado en el país; costumbres, carácter, ideas, y hasta el desprecio en que actualmente se mira la justicia y la virtud. Una sórdida codicia parece que se ha apoderado de todos los habitantes; y no aprecian y respetan sino a las gentes ricas, sea como fuere que hayan adquirido sus riquezas”.

3. El caudillismo militar fue una consecuencia de la influencia bolivariana en el Perú. Todos querían imitar a Bolívar y, por ello, el país se sumergió en múltiples guerras: “Por dilatados años han anarquizado al Perú diversos aventureros cuyos nombres omitiremos por delicadeza. Estos han ocasionado más males con sus escritos anárquicos, con su inmoralidad y con sus intrigas que los que habrían hecho una epidemia, la más desoladora”. El ejército no tiene honor y es que no hay un ejército peruano sino varios ejércitos siempre buscando a un jefe a quien apoyar.

4. La democracia absoluta sólo había llevado al caos porque no se percibió que el país podía ser todo lo que quisiera pero no homogéneo: donde la gente no es igual no puede imperar la igualdad ante la ley. La “voluntad popular” es el pretexto del caudillo para alzarse en armas. Otro error clave fue querer imitar otras realidades democráticas: buscábamos (y critica al ala más radical del liberalismo peruano) ser como Estados Unidos o Francia cuando las distancias ideológicas eran insalvables.

BIBLIOGRAFÍA

Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú (CMSIP): *Archivo Riva-Agüero*. Lima, Colección Documental de la Independencia del Perú, 1971, tomo XVI.

Mendiburu, Manuel de: *Diccionario histórico-biográfico del Perú*. Lima: Librería e imprenta Gil, 1931, tomo IX.

P. Pruvonena (seudónimo de José M. de la Riva-Agüero y Sánchez Boquete): *Memorias y documentos para la historia de la independencia del Perú y causas del mal éxito que ha tenido esta*, París: Garnier hermanos, 1858. 2 vols.

Puente Candamo, José A. de la: "Prólogo" a José de la Riva-Agüero y Osma, *Obras completas: La emancipación y la República*, vol. VII. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1971.

Riva-Agüero y Osma, José de la: *Obras completas: La emancipación y la República*, Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1971, vol. VII.

Tauro del Pino, Alberto: (1993) *Catálogo de seudónimos peruanos*. Lima: Ariel, 1993.